



LA MEMORIA COMO CATEGORÍA SOCIAL PARA UN ENFOQUE HISTORIOGRÁFICO EN LATINOAMÉRICA A TRAVÉS DEL ARTE

Oscar Tibaduiza Rodríguez¹

“Hasta el crimen perfecto deja huellas en el asesino”

Dostoievsky

*“Se nos enseña la historia como se muestra una momia,
con fechas y datos desprendidos del tiempo,
irremediamente ajenos a la realidad que conocemos
y amamos y padecemos,
y se nos ofrece una versión del pasado
desfigurada por el elitismo y el racismo
para que ignoremos lo que podemos ser,
se nos oculta y se nos miente lo que fuimos”.*

Eduardo Galeano

Introducción

¿Qué somos? ¿Quiénes somos? ¿Cuál es nuestra historia? Son tres de las principales preguntas que durante el siglo XX preocuparon a muchos pensadores y pensadoras del continente americano, razón por la cual la filosofía, la historia y la antropología, entre otras, tomaron con entereza la responsabilidad intelectual, acaso existencial, de leerse desde adentro y desde afuera, como latinoamericanos comprometidos con un pasado y un legado que corría el riesgo de desvanecerse en los silencios cómplices del anonimato; y asumieron la imperiosa necesidad de entablar diálogos y miradas sobre nuestro continente, por fuera de los discursos oficiales y al margen, muchas veces, de categorías occidentales.

Es larga la lista de textos, autores, estudios e investigaciones que, desde Alaska hasta el sur de la Patagonia, pasando por los países del Caribe con Cuba a la cabeza, han venido liderando procesos de integración e interacción de las artes y las letras del continente, aportando significativamente a las memorias de los pueblos americanos: memoria audiovisual,

¹ Licenciado en Ciencias Sociales. Magister en Filosofía Latinoamericana. Candidato a Doctor en Ciencias Históricas, Universidad de La Habana, Cuba. Docente investigador y realizador audiovisual – Documentalista. Docente de postgrados y director de tesis a nivel de especialización y maestría de la Universidad La Gran Colombia. Pedagogo y educador popular. Docente investigador invitado al Centro de investigación en medio ambiente y desarrollo (CIMAD) de la Universidad de Manizales.



social, histórica, colectiva, racial, étnica, cultural, narrativa y, más recientemente histórica y colectiva.

En los albores de la década del setenta se abre un debate bastante importante para el pensamiento latinoamericano cuando el filósofo peruano Augusto Salazar Bondy (1974) asegura el problema de nuestra filosofía es la inautenticidad, de ahí que: “ (...) es preciso, pues, forjar un pensamiento que, a la vez que arraigue en la realidad histórico-social de nuestras comunidades y traduzca sus necesidades y metas, sirva como medio para cancelar el subdesarrollo y la dominación que tipifican nuestra condición histórica” (1968, p. 9).

Este llamado a repensar lo americano desde el pensamiento, la cultura y los saberes propios del continente, en toda su extensión, generó en las ciencias sociales una fuerte agitación intelectual que desde los primeros años de la década devino en una deslumbrante producción científica que para el campo de la filosofía -y un poco más tardíamente para la historia- representó una apuesta por la estructuración de una epistemología latinoamericana que atravesara todos los ámbitos disciplinares; en este contexto es donde aparecen profundas respuestas como las obras del mexicano Leopoldo Zea: *Dependencia y liberación en la cultura latinoamericana* (1974); *Filosofía y cultura latinoamericanas* (1976); *El pensamiento latinoamericano* (1976); *Latinoamérica* (1977); *Filosofía de la historia americana* (1978); *Discurso desde la marginación y la barbarie* (1988), entre otras.

En Argentina Enrique Dussel responde desde una apuesta por una “*filosofía de la liberación*”; mientras que desde una perspectiva mucho más trascendente el argentino Arturo Andrés Roig plantea la teoría y crítica del pensamiento latinoamericano a partir del carácter “*inculturado*” de la filosofía latinoamericana hasta llegar, más recientemente, a la propuesta intercultural,

planteada por el filósofo cubano Raúl Fonet-Betancourt (2004) que prosigue una línea de una filosofía arraigada en el pensamiento indígena y popular, tal como la propuso desde los 60, Rodolfo Kusch desde la lógica de la negación a partir de categorías existenciales como la *hediondez* en su obra “*América Profunda*”, basadas en la obra de Martín Heidegger sobre el *ser*, proponiendo una lectura desde y sobre América pero desde el *estar*: “El calificativo hediento, que esgrimo a veces, se refiere a un prejuicio propio de nuestras minorías y nuestra clase media, que suelen ver lo americano, tomado desde sus raíces, como lo nauseabundo, aunque diste mucho de ser así. Evidentemente tuve a deliberada intención de mostrar el hondo sentido positivo que tiene ese presunto hedor” (Kusch, 2000, p. 6).

Sin embargo, por más intentos que se hicieron desde la filosofía de la liberación y otros valiosos aportes del pensamiento latinoamericano para leernos como continente, como región, como nación, desde nuestras problemáticas y acontecimientos, dichas lecturas fueron tímidas para hablar de nuestra situación en tanto seres sociales, políticos y existenciales, con características culturales diversas, complejas y en constante resignificación, producto del dinamismo de los discursos emergentes que buscan ser leídos y comprendidos desde un enfoque historiográfico propio de nuestro continente.

Un continente convulsionado, saturado de injusticia y desigualdad, países víctimas de procesos dictatoriales, policivos, represivos y arteramente violentos, producidos desde las altas esferas del poder -coadyuvadas por el intervencionismo militar, político, económico y comunicacional estadounidense-, en todo el continente, dando como resultado: dictaduras militares; asesinato de líderes políticos y sociales; derrocamiento de presidentes elegidos mediante voto popular; bloqueos económicos;



sabotaje comunicacional; desplazamientos masivos forzados; desintegración implosiva de las relaciones campo-ciudad.

Todo lo anterior llevó a repensarse el papel de las Ciencias Humanas y Sociales en el estudio del devenir de la humanidad, y es por esta vía que la Historia como ciencia social que estudia la interrelación de ser humano con su pasado-presente empieza a reevaluar sus postulados y teorías a la luz de los discursos emergentes, de las voces de los vencidos, de las narrativas de los excluidos, de los testimonios de las víctimas, y más recientemente, de la memoria de los grupos sociales y las comunidades en una apuesta colectiva por reconocer su pasado y resignificar su presente.

Ciencias Humanas y Sociales en América Latina: relación Memoria e Historia

Como lo planteó Marx en su tesis XI sobre Feuerbach: "Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo"; muchas de las respuestas y actitudes de pensadores contemporáneos sobre la situación de su país y del continente han redundado en un silencio prolongado, cuando no, de una actitud indiferente e ignominiosa. Otros por su parte, se han dedicado a argumentar que las Ciencias Humanas y Sociales no se encargan de resolver problemas sino de plantear preguntas y de hacer análisis teóricos que aporten elementos a las discusiones sobre temas álgidos -coyunturales y estructurales-, pero muchas veces al margen de metodologías y enfoques situacionales y contextuales que incluyan nuevas narrativas.

Sin embargo, un rumbo completamente opuesto lo han seguido muchos intelectuales y artistas: hombres y mujeres latinoamericanos que desde el arte, han estado comprometidos con el acontecer y el existir de sus pueblos, apostándole a darle voz a los silenciados. Artistas que han aportado, a la reconstrucción

de la memoria histórica y social de sus países y regiones.

Kant, en su obra *¿Qué significa orientarse en el pensamiento?*, se planteaba la dualidad entre libertad de hablar o escribir y libertad de pensar, y frente se interpelaba sobre "¿hasta qué punto y con qué corrección pensaríamos si no pensáramos, por decirlo así, en comunidad con otros a los que comunicar nosotros nuestros pensamientos y ellos los suyos a nosotros? Por tanto, bien se puede decir que ese poder externo que arrebató a los hombres la libertad de comunicar públicamente sus pensamientos les quita también la libertad de pensar" (p. 23).

Tal es el caso del *boom latinoamericano*, movimiento y fenómeno editorial que emerge sobre las décadas del sesenta y setenta, producto del trabajo de un grupo de novelistas latinoamericanos con una puesta experimental alternativa desde la cual desafiaron las convenciones establecidas de la literatura latinoamericana con obras trascendentales y profundas que daban cuenta de su compromiso ante la delicada situación que por esas décadas vivía el continente, razón por la cual obras como las de Gabriel García Márquez (Colombia); Mario Vargas Llosa (Perú); Julio Cortázar (Argentina); Carlos Fuentes y Juan Rulfo (México); Augusto Roa Bastos (Paraguay); José Lezama Lima (Cuba) y Jorge Amado (Brasil) van a convertirse en un hito en los aportes del arte a la resignificación de la memoria como recurso y posibilidad de entablar diálogos entre los actores sociales para hacer nuevas lecturas sobre el pasado-presente y con ello evitar estados de amnesia que pusieran en peligro la identidad y los imaginarios.

Otro ejemplo de resistencia y memoria a través del arte se encuentra en Ernesto Sábato quien fue elegido en 1983 presidente de la *Comisión Nacional sobre la Desaparición de personas* (CONADEP) y que tuvo a su cargo investigar y publicar un informe sobre los crímenes de



Estado cometidos por la dictadura militar en el poder entre 1976 y 1983. En el prólogo del informe² el literato manifestó que “las grandes calamidades son siempre aleccionadoras, y sin duda el más terrible drama (...) servirá para hacernos comprender que únicamente la democracia es capaz de preservar a un pueblo de semejante horror, que sólo ella puede mantener y salvar los sagrados y esenciales derechos de la criatura humana. Únicamente así podremos estar seguros de que NUNCA MAS (...) se repetirán los hechos que nos han hecho trágicamente famosos en el mundo civilizado...”.

En el año 2007 se lleva a cabo la reunión de 31 investigadores quienes se propusieron reformular los vínculos entre arte y política, en tiempos de dictaduras y represión política, en América latina, de esta manera surge la *Red de Conceptualismos del Sur REDCSUR* centrando su interés en visibilizar experiencias que plantearon formas creativas de resistencia política desde el arte.

Estos aportes y compromisos asumidos por artistas latinoamericanos a través de sus obras y sus manifiestos en colectivo han venido consolidando expresiones artísticas alternativas cuyas apuestas son por el pasado y los procesos de cambio social para lo cual la memoria se toma categoría social con investigaciones que abarcan lenguajes y narrativas antropológicas, sociológicas, psicológicas, y más recientemente artísticas con amplia producción en los campos de la música, el cine, la novela, entre otras, que han venido haciendo diferentes lecturas sobre el pasado-presente, aportando al diálogo de saberes y racionalidades desde y hacia América Latina.

Siguiendo los postulados de Elizabeth Jelín (2002) podemos afirmar que en efecto, la relación entre

la historia y los procesos de la memoria social, histórica, colectiva -hoy, cuando las fuerzas de la globalización irrumpen con fiera velocidad en los intersticios de la humanidad, deteriorando los tejidos socio-históricos y culturales-, es una preocupación central en el campo académico de las ciencias humanas y sociales incluido el arte en todas sus manifestaciones. Una memoria que se configura al margen del discurso y la racionalidad oficiales, por fuera de las categorías analíticas hegemónicas y se abre paso a partir de vivencias, experiencias y voces marginadas, negadas, silenciadas o borradas de la memoria e historia oficiales.

La relación historia-memoria está ubicada dentro del campo dialógico donde convergen tiempos, espacios y actores de las memorias, esto es, sujetos, recuerdos, olvidos, agentes directos e indirectos que median en esta relación. Así: qué, quién, cómo y cuándo se recuerda o se olvida, son las preguntas que orientan esta relación entre la historia, entendida como un pasado que se hace presente y un presente que se alimenta del pasado; y la memoria como proceso de resignificación de las vivencias y experiencias características de un espacio y un tiempo específicos.

La memoria como categoría social para un enfoque historiográfico

La memoria como categoría social permite tener en cuenta las vivencias y la subjetividad de los protagonistas: mujeres, niños y niñas, etnias, pobres, estigmatizados, desplazados, marginados, etc., puesto que sólo es posible entender y comprender la memoria -histórica colectiva-, en relación directa con los sujetos-actores, quienes viven, experimentan y sufren, directa e indirectamente, es decir, quienes están ahí, en ese lugar y en ese momento donde confluyen hechos, acontecimientos y existencialidades que configuran la historia en su relación dialéctica con la memoria.

² Un resumen, fruto de las tareas de dicha comisión, fue publicado en un reporte oficial en el año 1984. Se trata del sobrecogedor volumen *Nunca Más. Informe de la Comisión Nacional sobre la desaparición de personas, conocido mundialmente como Informe Sábato*.



Memoria que es histórica y social por cuanto se configura desde campos de acción y reflexión individuales y colectivos con base en elementos culturales, sociales, biológicos y geográficos característicos, específicos y particulares, propios de cada momento, lugar, sociedad y época.

Convergen entonces, como lo señala Jelín (2002), diversas maneras de pensar las posibles relaciones entre memoria e historia. Esta investigación propone ubicar la memoria como categoría social desde dos aristas: como recurso para la investigación, y como objeto de estudio o de investigación, para que a partir de una hermenéutica dialógica o analógica³ pueda pensarse en la memoria como categoría social para un enfoque historiográfico en Latinoamérica a través del arte.

Pensar en la memoria como categoría social es asumirla como recurso para la investigación histórica en los procesos de reconstrucción a través de la singularidad de los recuerdos y la posibilidad de activar el pasado en el presente que es finalmente lo que define la identidad personal y la continuidad de sí mismo en el tiempo-, por lo que también la memoria como objeto de estudio o investigación aporta elementos de análisis y categorías desde nuevos marcos de interpretación y comprensión sobre las realidades actuales y emergentes que sólo pueden ser entendidas contextualmente con base en el entramado de relaciones sociales, culturales e históricas presentes en los procesos de construcción de identidad y empoderamiento.

Para ello es imprescindible volver sobre la influencia del contexto social y de lo individual en los procesos de memoria teniendo en cuenta que hay memorias dominantes, hegemónicas,

únicas u oficiales que configuran los olvidos y los recuerdos y en esa medida todo proceso de reconstrucción de memoria se convierte en un acto de resistencia contra el olvido por lo que es imperativo determinar la manera como se combinan el *homo psychologicus* y el *homo sociologicus* (Winter y Sivan, 2000), lo que conlleva a pensar lo social en los procesos de memoria.

Para Maurice Halbwach (1968), las memorias individuales están siempre enmarcadas socialmente y esos marcos sociales dan sentido a las rememoraciones individuales, sin embargo, como esos marcos son históricos y cambiantes, en realidad, toda memoria es una reconstrucción más que un recuerdo (Namer, 1994), y como proceso de reconstrucción se requieren unos enfoques y marcos de interpretación y análisis de esos recuerdos socialmente enmarcados que resignifiquen esas voces y narrativas, además unas categorías situadas que emanen de ese diálogo de saberes.

De acuerdo con esto se requiere un enfoque historiográfico latinoamericano que permita esas lecturas, esos acercamientos teórico-conceptuales y metodológicos desde las lógicas y racionalidades latinoamericanas, desde y través de las expresiones artísticas y culturales toda vez que estas contienen legados y memorias que se insertan en esos marcos sociales de los procesos de memoria. Ahora bien, como lo señala Pollak: "Los periodos de crisis internas de un grupo o de amenazas externas generalmente implican reinterpretar la memoria y cuestionar la propia identidad. Estos periodos son precedidos, acompañados o sucedidos por crisis del sentimiento de identidad colectiva y de la memoria". (1992, p. 204).

Procesos de memoria

Cuando hablamos de procesos de memoria hacemos alusión a procesos activos como la evocación, es decir cuando los reservorios

³ Para ampliar el concepto de *Hermenéutica Analógica* propuesto por Mauricio Beuchot revisar: *Puentes hermenéuticos hacia las humanidades y la cultura*. Ediciones Eón/Universidad Iberoamericana, México, 2006; *Interculturalidad y derechos humanos. Siglo XXI/UNAM, México, 2005*; y *Derechos humanos. Historia y filosofía*. Fontamara, México, 2001, 2a. ed.



pasivos son retomados para dar sentido al pasado, entendiendo por reservorios pasivos: fotos, archivos, diarios, bibliotecas, entrevistas, testimonios, etc. El sentido sobre el pasado y sobre el recordar están asociados con la capacidad para recordar y rememorar algo del propio pasado, y es eso precisamente lo que sostiene la identidad. (Gillis, 1994), toda vez que el pasado cobra sentido en su enlace con el presente en el acto de rememorar/olvidar. Pollak (1992), señala que hay elementos invariantes o fijos alrededor de los cuales se organizan las memorias: acontecimientos, personas o personajes, lugares.

Evocar implica la evaluación de lo reconocido y en consecuencia requiere de un esfuerzo más activo por parte del sujeto. Desde la psicología cognitiva el reconocer es la identificación y asociación con el pasado o lo acontecido. Reconocimiento que está ligado a construcciones sociales surgidas a partir de las representaciones que los sujetos hacen desde su percepción y experiencia con el espacio a través del tiempo, esto es, la dación de sentido sobre su espacio habitado y vivido donde están los símbolos y significados, la carga afectiva de su acontecer, de su devenir como individuo y como sociedad.

Para Jelín (2002), “si bien todo proceso de construcción de memorias se inscribe en una representación del tiempo y del espacio, estas representaciones –y, en consecuencia, la propia noción de qué es pasado y qué es presente–, son culturalmente variables e históricamente construidas. Y esto incluye, por supuesto, las propias categorías de análisis utilizadas por investigadores y analistas del tema”. (p. 6).

De ahí la necesidad de trabajar desde las ciencias históricas en las memorias narrativas entendidas como construcciones sociales comunicables a otros (Bal, 1999), y a partir de las cuales se pueden encontrar o construir los sentidos del pasado que hacen parte del devenir de un

pueblo o una nación por cuanto toda narrativa del pasado implica una selección, mientras que la memoria, siguiendo a Pollak “es un elemento constitutivo del sentimiento de identidad, tanto individual como colectivo, es la medida en que es un factor extremadamente importante del sentimiento de continuidad y de coherencia de una persona o de un grupo en su reconstrucción de sí mismo” (1992. p. 204).

Olvidos y rememoraciones

¿Qué es de un pueblo sin memoria? ¿A dónde van a parar los vestigios de lo que alguna vez fue presente y poco a poco se diluyó en un pasado efímero? ¿Dónde está realmente la frontera entre olvido y la amnesia?

En Latinoamérica se han identificado diferentes clases de olvidos que pueden y deben entenderse dentro del complejo continuum existencial producto de hechos, situaciones y acontecimientos de mucha carga afectiva: catástrofes, masacres, guerras, conflictos armados, dictaduras, desplazamientos, despojamientos, y toda una serie de momentos retenidos momentáneamente por la memoria desde el recuerdo individual que logran resignificarse en la reconstrucción colectiva.

Existen intentos de no recordar lo que puede herir, lo que se denomina *olvido evasivo* que surge posteriormente a grandes catástrofes sociales, masacres, y genocidios, que generaron en quienes han sufrido la voluntad de no querer saber, de evadirse de los recuerdos para poder seguir viviendo. (Semprún, 1997). Igualmente existe la voluntad de silencio, entendida como la voluntad de “no contar o transmitir, de guardar las huellas encerradas en espacios inaccesibles, para cuidar a los otros, como expresión del deseo de no herir ni transmitir sufrimientos” (Jelín, 2002, p. 12).

Esa voluntad de silencio se traduce igualmente en una propensión al olvido liberador, es decir,



a silenciar la memoria acudiendo al olvido necesario que permita vivir sin las ataduras del dolor, sin los anclajes de lo traumático, sin las imprecisiones que quedan en el recuerdo por la carga de dolor cimentado en la memoria; un olvido que permita comprender el presente resignificando el pasado dándole sentido a través de la memoria, para lo cual hay que tener claridad sobre quiénes deben darle sentido al pasado y de cuál pasado estamos hablando, es decir, quién o quiénes determinan lo que hay que recordar u olvidar para que desde esta reflexión sea posible pensar en cuál o qué pasado es el que se va a significar o transmitir.

Lo contrario sería entrar o permanecer en un olvido social, esto es, cuando ciertos grupos humanos “no logran voluntaria o pasivamente, por rechazo, indiferencia o indolencia, o bien a causa de una catástrofe histórica y que interrumpió el curso de los días y las cosas transmitir a la posteridad lo que aprendieron del pasado” (Yerushalmi, 1989. p. 18).

De-construir y redimensionar desde la reflexión académica y el quehacer científico el papel de la memoria en la construcción consensuada del pasado desde la inclusión de diversas voces que aporten a las narrativas de la memoria y el sentido de la historia es la tarea urgente de las ciencias históricas puesto que toda memoria, individual, colectiva, privada, social, audiovisual e incluso oficial, es constitutivamente de carácter social. (Ricoeur, 1999).

Desentrañar esa necesidad de recordar a través del recuerdo del y con el otro como objetivo común de escucharnos para encontrarnos, para reconocernos en el otro y con el otro. Construcciones sociales que deben seguramente propiciar la emersión de nuevos actores en el acontecer y el devenir de nuestros pueblos y sociedades.

Silencios que deben ser leídos e interpretados desde otras lógicas, no siempre académicas,

no siempre científicas, pero tampoco al margen de estas, es necesario entonces establecer o intentar ubicar un interregno en el que el diálogo de saberes viabilice la participación colectiva.

Participación que debe estar mediada por la palabra oral y escrita, la palabra dicha, expresada o manifestada por los individuos y los grupos sociales y para lo cual el arte, específicamente la música, desde tiempos remotos ha servido como vehículo o lugar de la memoria, de la palabra y del encuentro que permite y asegura la escucha atenta y constructiva; el poder radica en ese tejido de voces y en la posibilidad y disposición para escucharnos, el poder está en ese apalabrar la vida, en la autoridad que representan las palabras. (Bourdieu, 2002).

De ahí la importancia que revisten en tiempos actuales la consolidación de espacios de difusión de la música que se hace al margen de las políticas culturales hegemónicas donde se crean productos para el consumo y el entrenamiento; en esta medida la música llamada popular sigue un camino de construcción desde los circuitos locales y regionales hasta ir paulatinamente resquebrajando los monopolios de la información: radio, televisión, etc., y en esa medida el trabajo debe concentrarse en el apoyo de estas manifestaciones artísticas.

El artista se debe indisolublemente a su pueblo, a su espacio-tiempo, a su contexto existencial por ser en su entorno donde emergen las historias y lenguajes que median en sus creaciones, es por ello que lejos de pretensiones mercantilistas y consumistas, el arte está llamado a apalabrar las vivencias, sentires y pensamientos con todo lo que ello representa en la historia de nuestra América.

Halbwachs (2004), plantea que “no hay memoria posible fuera de los marcos que utilizan los hombres que viven en sociedad para fijar y encontrar sus recuerdos” (p. 21), le compete entonces a las ciencias históricas avanzar



en investigaciones, desde nuevos marcos de interpretación y comprensión-, que aborden el papel de la música en la construcción de memoria histórica en momentos donde la globalización económica, en una carrera desbordada de hegemonía y poder absolutos, busca negar y subsumir las culturas e identidades que configuran y estructuran el tejido social de las naciones latinoamericanas.

De ahí la imperiosa necesidad de que la memoria como categoría social y la música como lugar y vehículo de la memoria sigan aferrándose a las manifestaciones sociales que han sido silenciadas e ignoradas por el discurso oficial para darles vida nueva en un mundo donde la palabra ha perdido vigencia y valor y donde el ser humano ha sido convertido en mercancía.

El mundo, y más específicamente nuestra América toda, necesita con urgencia que sus artistas abanderen sus luchas, una canción comprometida, pensante, exigente y que represente, ya no los intereses de las industrias culturales de los grandes monopolios comerciales sino, a los pueblos y comunidades. Un canto comprometido con el quehacer del artista, esto es, el arte de ojos abiertos a las realidades existenciales del mundo globalizado, un canto donde el sentido del mismo recaiga nuevamente sobre el ser humano y de su relación dialéctica con el medio ambiente; un canto de mundos posibles, de mundos necesarios y urgentemente reales donde la palabra retome su valor.

La memoria como construcción social narrativa implica el estudio de las propiedades de quien narra, de la institución que le otorga o niega poder y lo/la autoriza a pronunciar las palabras ya que, como señala Bourdieu, la eficacia del discurso performativo es proporcional a la autoridad de quien lo enuncia. Implica también prestar atención a los procesos de construcción del reconocimiento legítimo, otorgado socialmente por el grupo al cual se dirige.

Existen olvidos, la memoria no puede retener todo, no todo es susceptible de ser recordado, la memoria es selectiva. La memoria total es imposible, puesto que como lo señala Vélez (2012), la construcción de memoria, es una estrategia política en tanto manipulación de una verdad codificada de acuerdo con intereses políticos, de ahí que su construcción deviene en un complejo proceso de recuerdos y olvidos "(...) fragmentos-huellas que habrán de ser objeto de atribución narrativa de sentido por parte de los sujetos".

Pero este proceso es posible en tanto se da una dialéctica entre memoria (conservación) y olvido (supresión) mediada por criterios de selección de determinados aspectos del pasado (Todorov, 2000; Ricoeur, 2003), puesto que: "toda narrativa del pasado implica una selección. La memoria es selectiva; la memoria total es imposible. Esto implica un primer tipo de olvido «necesario» para la sobrevivencia y el funcionamiento del sujeto individual y de los grupos y comunidades. Pero no hay un único tipo de olvido, sino una multiplicidad de situaciones en las cuales se manifiestan olvidos y silencios, con diversos «usos» y sentidos" (Jelin, 2002, p. 10).

¿Existen entonces olvidos profundos o definitivos? Estas reflexiones deben ser asumidas por las Ciencias Históricas en el continente americano, desde y fuera de la academia, máxime cuando los cambios procedentes de las reformas económicas neoliberales imponen lógicas hegemónicas y unificadoras en detrimento de la pluriétnicidad y la multiculturalidad, lo que pone en peligro los procesos de memoria y con ello la construcción de proyectos de identidad y nación.

La construcción de la Memoria Histórica Colectiva a través del arte debe propender por la resignificación de la memoria ya no como objeto de estudio e investigación exclusivo de la psicología y los estudios culturales sino como categoría social adscrita a las ciencias históricas



comprometidas con la defensa de la memoria viva de los pueblos para la no repetición de hechos dolorosos y dramáticos, pero también para garantizar que los elementos culturales e históricos propios de cada sociedad preserven su carga simbólica, discursiva y narrativa como parte de un pasado resignificado en un presente que se construye y reconstruye constantemente.

A través de la memoria como categoría social las ciencias históricas deben abordar los olvidos con base en un enfoque historiográfico que incluya las voces y narrativas que estructuran los discursos emergentes, y de esta manera aportar un cuerpo de conocimiento más real, más vivencial y experimental por cuanto lleva impreso la voz de los otros y de las otras, lo que permitirá comprender desde otras perspectivas y racionalidades los olvidos que median en los procesos de memoria.

Bibliografía

- Bal, M., Crewe, J., y Spitzer, L. (eds.), *Acts of Memory, Cultural Recall in the Present*. Hanover and London: University Press of New England.
- Beuchot, Mauricio. (2001). *Interculturalidad y derechos humanos*. México: Siglo XXI editores.
- Beuchot, Mauricio. (2006). *Puentes hermenéuticos hacia las humanidades y la cultura*. México: Ediciones Eón, Universidad Iberoamericana.
- Bourdieu, Pierre. (2002). *La distinción, criterios y bases sociales del gusto*. México: Taurus.
- CONADEP. (1984). *Informe de la comisión nacional sobre la desaparición de personas*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Eudeba.
- Dussel, Enrique. (1977). *Filosofía de la liberación*. México: Dicol.
- Fornet-Betancourt, Raúl. (2004). *Crítica intercultural a la filosofía latinoamericana*. Madrid: Trotta.
- Gillis, John R. (1994). *Memory and identity: the history of a relationship*. En: John R. Gillis (ed.) *Commemorations. The politics of national identity*. Princeton: Princeton University Press, pp. 3-24.
- Halbwachs, Maurice. (1968). *La mémoire collective*. Paris: Press Universitaires de France.
- Halbwachs, Maurice. (1992). *La memoria colectiva de los músicos*. En: Ramos Tórres, *Tiempo y Sociedad*, (p. 35-62). Madrid: Siglo XXI.
- Halbwachs, M. (2004). *Los marcos sociales de la memoria*. España: Editorial Anthropos.
- Jelin, Elizabeth. (2002). *Los trabajos de la memoria*. España: Siglo XXI editores.
- Kant, Immanuel. (2005). *¿Cómo orientarse en el pensamiento?* Buenos Aires: Quadrata.
- Kusch, Rodolfo. (1978). *Esbozo de una Antropología Filosófica Americana*. Buenos Aires: Castañeda.
- Kusch, Rodolfo. (2000). *América Profunda*. En: *Obras Completas Tomo II*. Rosario, Argentina: Fundación Ross.
- Kusch, Rodolfo. (2000). *América Profunda*. En: *Obras Completas Tomo III*. Rosario, Argentina: Fundación Ross.
- Kusch, Rodolfo. (2008). *La Negación en el Pensamiento Popular*. Buenos Aires: Las Cuarenta.
- Namer, Gérard. (1994). *Postface*. En: Maurice Halbwachs, *Les cadres sociaux de la*



mémoire. Paris: Albin Michele.

Pollak, Michael. (1989). Memória, esquecimento e silêncio. *Estudos Históricos* 2(3), pp. 13-23.

Pollak, Michael. (1992). Memória e identidade social. *Estudos Históricos* 10(5), pp. 200-212.

Ricoeur, Paul. (1999). *La lectura del tiempo pasado: Memoria y olvido*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.

Ricoeur, Paul. (2003). *La historia, la memoria, el olvido*. Madrid: Editorial Trotta.

Roig, A.A. y otros (1976). *La filosofía actual en América Latina*. México: Grijalbo.

Salazar Bondy, A. (1974). Filosofía de la dominación y Filosofía de la liberación. En: *América Latina: Filosofía y Liberación*. Buenos Aires: Bonum.

Semprún, Jorge. (1997). *La escritura o la vida*. Barcelona,: Tusquets Editores.

Todorov, T. (2000). *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Editorial Paidós.

Villafañe, Gerardo Vélez. (Jan./June 2012). Pedagogías de las memorias de la historia reciente colombiana: ¿construir memoria, en el campo de una memoria imposible? *Revista Colombiana de Educación*, No.62, Bogotá. Recuperado de: http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0120-39162012000100013

Winter, Jay., y Sivan, Emmanuel. (Eds). (2000). *War and Remembrance in the Twentieth Century*. Cambridge: Cambridge University Press.

Yerushalmi, Yosef. (1989). Reflexiones sobre el olvido. En: *Usos del Olvido*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Zea, Leopoldo. (1974). *Dependencia y liberación en la cultura latinoamericana*. México: Joaquín Mortiz.

Zea, Leopoldo. (1976). *El pensamiento latinoamericano*. México: Ariel.

Zea, Leopoldo. (1976). *Filosofía y cultura latinoamericanas*. Caracas, Venezuela: Consejo Nacional de Cultura/Centro de Estudio Latinoamericanos "Rómulo Gallegos".

Zea, Leopoldo. (1977). *Latinoamérica*. México: Tercer Mundo.

Zea, Leopoldo. (1978). *Filosofía de la historia americana*. México: Fondo de Cultura Económica.

Zea, Leopoldo. (1988). *Discurso desde la marginación y la barbarie*. Barcelona: Anthropos.